

# LUGARES, PAISAJES Y POLÍTICAS DE MEMORIA: UNA LECTURA GEOGRÁFICA<sup>1</sup>

**Jacobo García Álvarez**

Departamento de Humanidades: Historia, Geografía y Arte. Universidad Carlos III de Madrid

## RESUMEN

Este artículo reflexiona, desde una perspectiva geográfica, sobre las dimensiones espaciales de la memoria colectiva. En el primer apartado se examinan las manifestaciones y causas principales del interés reciente por la memoria colectiva. En el segundo se aborda el concepto de lugar de memoria y su recepción en la geografía. Los apartados tercero y cuarto del artículo se centran en las relaciones entre paisaje, memoria histórica e identidad nacional, incidiendo en el contexto español. Finalmente, se plantean diversas consideraciones sobre otras líneas de investigación abiertas en relación con las dimensiones espaciales de la memoria colectiva, así como sobre el interés del tema para la historia de la geografía.

**Palabras clave:** «geografía de la memoria», lugar de memoria, identidad nacional, paisajes nacionales, políticas de memoria, España.

## ABSTRACT

*Places, landscapes and policies of memory: a geographical lecture.-* This article reflects, from a geographic point of view, on the spatial dimensions of collective memory. In the first segment, the manifestations and the fundamental causes of recent interest for collective memory are examined. The second part of this article studies the concept of place of memory and its reception in geography. The third and fourth parts of this article focus on the relationship between landscape, historical memory and national identity, with special interest regarding the Spanish context. In the final part, the article considers other fields of

---

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

investigation that study spatial dimensions of collective memory as well as the interest of this topic for the history of geography.

**Key words:** geography of memory, place of memory, national identity, national landscapes, policies of memory, Spain.

## I. LA SOCIEDAD MEMORIALISTA

En los años finales del siglo XX y los primeros del XXI hemos asistido a una eclosión sin precedentes de los estudios y debates dedicados a la cuestión de la memoria. Desde la década de 1980, pero sobre todo a partir de los años 90, el concepto de memoria, sus múltiples dimensiones y significados, sus usos y abusos, su gestión, su proyección social e institucional, han suscitado ríos de tinta no sólo en los más diversos campos académicos, sino también en los medios de comunicación, penetrando en el ámbito político y en el tejido social. Se trata, además, de un fenómeno prácticamente global en su extensión, aunque particularmente intenso en las sociedades occidentales. Las manifestaciones del mismo en la esfera pública son ubicuas: se crean museos de todo tipo; se restauran los cascos históricos de las ciudades; se preservan paisajes o localidades enteras; se renueva y amplía el concepto de patrimonio para abrazar los aspectos más variados, tanto materiales como inmateriales; se dedican medios y recursos crecientes a las políticas patrimoniales; se multiplican las asociaciones para conservar o recuperar la memoria de tal o cual evento, período, personaje o grupo; se aprueban leyes y se aplican políticas públicas de memoria; se promocionan productos turísticos centrados en la memoria histórica; y se generalizan, en fin, los mercados callejeros «medievales» o los parques temáticos que recrean elementos del pasado como puro entretenimiento lúdico, a la vez que determinadas novelas, series de televisión o producciones cinematográficas de argumento más o menos histórico se convierten en éxitos mediáticos y fenómenos de masas.

Para algunos expertos en la cuestión, como el historiador de la cultura Andreas Huyssen, esa presencia ubicua de la memoria, esa «obsesión cultural de proporciones monumentales a lo largo del planeta», constituye incluso uno de los signos definitorios de las sociedades occidentales recientes, «un síntoma de nuestro presente cultural» (Huyssen, 2003: 16-18). Se ha dicho, en tal sentido, que el final del milenio pasado y el comienzo del actual estarían marcados en Occidente, entre otros hechos culturales, por la «sobreabundancia de la memoria» (Erice, 2008: 93), por su «hipertrofia» (Huyssen, *op. cit.*: 3), por una «ola memorialística» (Cuesta, 1998: 222), o en palabras de Tzvetan Todorov, por «el culto a la memoria», «el delirio conmemorativo» y «la preocupación compulsiva por el pasado» (Todorov, 2008: 86-88).

En el mundo académico, el interés por un tema que hasta hace escasas décadas era patrimonio casi exclusivo de filósofos, psicólogos, sociólogos e historiadores se ha extendido a todo tipo de disciplinas, tanto dentro de las ciencias «duras» como entre las sociales y humanas. Desde hace algunos años se ha acuñado incluso la expresión «estudios de memoria» («memory studies», en la forma inglesa de que procede) para referirse a un campo multidisciplinar que, en palabras de dos de sus mentores principales, tendría como objeto principal «examinar las formas y funciones de representar el pasado» (Roediger y Wertsch, 2008: 9), y

en el cual, al lado de las disciplinas ya citadas, figurarían, en un lugar destacado, las aportaciones de las ciencias de la educación, los estudios filológicos y literarios, las neurociencias, la antropología, la ciencia política, la arquitectura, el derecho o incluso las ciencias empresariales. El vocabulario y las clasificaciones en torno al vocablo memoria, acompañado de los más diversos calificativos, se multiplican de manera desconcertante, cuando no exasperante: memoria individual, memoria colectiva, memoria cultural, memoria autobiográfica, memoria histórica, emocional, episódica, explícita, implícita, inconsciente, narrativa, instrumental, tácita, involuntaria, política, institucional, reconstruida, etc., etc.<sup>2</sup> Un ensayo reciente sobre la cuestión inventariaba nada menos que 256 conceptos diferentes alusivos a la memoria utilizados en el lenguaje académico de los últimos decenios: ¿hay —se preguntaba irónicamente el autor del mismo— 256 tipos distintos de memoria? (Tulvig, 2007). La extensión, a menudo abusiva e indiscriminada, de algunas de estas expresiones a los medios de comunicación o en general a la esfera pública ha provocado una inevitable banalización del término, a la que no ha sido ajena, tampoco, su instrumentalización al servicio de intereses políticos, ideológicos o comerciales.

Los motivos que explican este interés universal —y para algunos obsesivo y agotador— por la memoria y, dentro de ella, por la llamada memoria colectiva<sup>3</sup>, son múltiples. En muchos países, la intensidad de los debates y prácticas al respecto responde claramente a coyunturas políticas concretas y busca, igualmente, objetivos políticos más o menos explícitos. Así ha ocurrido, sin ir más lejos, en el caso de España, en relación con el proceso que ha conducido, recientemente, a la aprobación de la llamada Ley de la Memoria Histórica, a que me referiré con más detalle en otro lugar de este artículo. Y así ha ocurrido también, aunque con motivaciones no estrictamente asimilables al contexto español, con determinados países (como, por ejemplo, Sudáfrica, Argentina, Chile y algunos estados de la Europa central y oriental) que, afectados desde finales de los años 80 y principios de los 90 por cambios políticos intensos, han impulsado en la última década políticas de memoria más o menos enérgicas de signo democrático, para tratar, entre otros fines, de restañar las heridas abiertas por un pasado reciente marcado, según los casos, por el *apartheid*, la guerra, los genocidios, las dictaduras o el totalitarismo. Políticas de memoria vinculadas, por tanto, a procesos de

---

2 Sobre la multiplicidad de conceptos y tipos de memoria manejada por la historiografía y la sociología recientes, véanse los trabajos de Josefina Cuesta (1995 y 2008) y Paloma Aguilar (1996 a).

3 Para Paloma Aguilar (1996 a), la memoria colectiva (concepto que esta autora asimila a los de «memoria social» y «memoria histórica») se compone de contenidos (el recuerdo que una comunidad tiene de su propia historia) y valores (las lecciones y aprendizajes que dicha comunidad extrae de la historia, y que suelen estar condicionados por las necesidades del presente). Como la memoria colectiva suele fijarse en las instituciones y se revive periódicamente mediante ceremonias y ritos públicos, forma una suerte de patrimonio común con el que el individuo se encuentra desde que nace y que se imbrica con sus propios recuerdos individuales. A diferencia del pasado (el conjunto de lo ocurrido, inabarcable por su amplitud) y de la historia (la parte del pasado que queda registrada en los archivos, museos y otros «depósitos de la memoria» y de la que se ocuparían profesionalmente los historiadores), la memoria colectiva conformaría, según Aguilar, aquella parte de la historia que, debido a la coyuntura del presente, tiene capacidad de influir sobre el mismo, tanto en sentido positivo (ejemplo a seguir) como en sentido negativo (contra-ejemplo a evitar). Cuesta, en cambio, siguiendo una tradición que se remonta, esencialmente, a Halbwachs, diferencia los conceptos de «memoria colectiva», «memoria social» y «memoria histórica» (Cuesta, 1995 y 2008). Y para otros autores, como Juliá, todas esas expresiones sólo pueden aceptarse desde una concepción organicista de la sociedad o por comodidad, pues en rigor la memoria es una facultad individual y que no puede abarcar lo sucedido fuera de la propia existencia (Juliá, 2006: 10-11).

democratización todavía en marcha y a la lucha por los derechos humanos o por expandir y fortalecer las esferas públicas de la sociedad civil.

Pero con independencia de este tipo de factores, para algunos historiadores y estudiosos de la cultura, el fenómeno, reconocible a escala mundial, respondería a causas estructurales y más profundas que las estrictamente políticas. Para el ya citado Huyssen, como también para Todorov, para Hermann Lübbe o para Edward Said, entre otros, la extensión e intensidad recientes de la cultura de la memoria obedecen al deseo y a la necesidad de proteger, mediante anclajes temporales y espaciales estables, la identidad personal y colectiva frente a las transformaciones globales en curso, que socavan, remueven o destruyen algunas de las bases de tradicionales de dicha identidad. Desde esta perspectiva interpretativa, la obsesión contemporánea con la memoria tendría que ver, en buena medida, con un trastocamiento profundo de nuestro sentido del tiempo y del espacio motivado por factores tales como el cambio tecnológico, la revolución de la información y de los *mass media*, o los nuevos patrones de consumo, trabajo y movilidad a escala global.

A juicio de Said (2000), muchas personas buscan en la memoria colectiva, en un pasado deseable y recuperable, una forma de dotarse de una identidad coherente, de una narrativa nacional o, en definitiva, de un lugar en el mundo en una época en que los lazos dinásticos, familiares y religiosos pierden su eficacia removidos por la globalización, la sociedad de consumo, la revolución digital o la profunda «compresión espacio-temporal» asociada a tales fenómenos. En opinión de Huyssen (*op.cit.*: 28-30), muchas prácticas locales y nacionales de la memoria ponen en cuestión y reaccionan frente a los mitos del cibercapitalismo y de la globalización, incluyendo su negación del tiempo, el espacio y el lugar, para buscar una memoria vivida, activa, encarnada en el cuerpo social (individuos, familias, grupos, naciones y regiones) y en un espacio habitable, tangible, no virtual, dotado de continuidad y de profundidad simbólica y dentro del que poder respirar y vivir.

Otras interpretaciones sobre el interés contemporáneo por la memoria han atendido también a las peculiaridades internas de las distintas disciplinas y saberes académicos. En el campo historiográfico, por ejemplo, aunque no sólo en éste, se ha incidido en la influencia que el pensamiento postmoderno ha tenido en el estímulo de los estudios sobre la memoria. De acuerdo con esta interpretación, el rechazo típicamente postmoderno de las explicaciones holísticas y globalizadoras de la historia, la puesta en cuestión y crisis de los metarrelatos propios de la modernidad, habrían aparejado una exaltación de la memoria (individual o colectiva) como algo más auténtico, espiritual y poderoso que la historia tradicional, descalificada por algunos como una suerte de «memoria muerta» (Erice, *op.cit.*: 83-84). El interés reciente por la memoria colectiva se incardinaria, asimismo, en el viraje triple de las disciplinas sociales hacia lo subjetivo, lo narrativo y lo hermenéutico. Más aún, la valoración creciente de la memoria como medio de aproximación al pasado reflejaría, en opinión de Santos Juliá:

«la crisis de la concepción de la historia como herramienta de transformación social, coetánea de la crisis de los paradigmas estructuralistas con su inherente determinismo y de los sistemas políticos de socialismo real. Falta de iluminar el futuro, la historia en cuanto conocimiento crítico del pasado ha perdido buena parte de su atractivo, que ha cedido a la memoria, entendida ahora como herra-

mienta para transformar, si no el pasado —puesto que el pasado es inamovible y del futuro no sabemos nada— al menos su representación» (Juliá, 2006: 7-8).

A la historia como saber científico y acumulativo de los hechos pasados se opondría, pues, la memoria, entendida como la representación del pasado cultivada por los contemporáneos y sus descendientes; como la «construcción social del recuerdo» (Cuesta, 1998: 204); o, en palabras del historiador Pierre Nora, sobre cuyas ideas me detendré enseguida, como «economía general del pasado en el presente» (Nora, 1998: 26). Una concepción en la que las dimensiones espaciales han jugado históricamente y juegan también hoy día un papel fundamental.

## II. ESPACIO, MEMORIA HISTÓRICA E IDENTIDAD NACIONAL: DE LOS LUGARES DE MEMORIA A LA GEOGRAFÍA DE LA MEMORIA

Las discusiones y políticas desarrolladas en los últimos decenios en torno al concepto de memoria han puesto de manifiesto la importancia de las relaciones entre la memoria y el espacio geográfico. En el vocabulario académico y político sobre el asunto, o incluso en el marketing patrimonial y turístico, han surgido y cristalizado expresiones significativas en este sentido: *lugares* (y *no-lugares*) *de memoria*, *espacios de memoria*, *paisajes memoriales* (o *paisajes de memoria*), *itinerarios* y *caminos de la memoria*, etc. Si bien tales expresiones se han acuñado, en su mayor parte, fuera de la disciplina, los geógrafos interesados por estas cuestiones han incorporado progresivamente dicho vocabulario y contribuido de forma creciente a analizar las dimensiones espaciales de la memoria. Aunque pequeña en comparación con las contribuciones de otros campos académicos, la importancia de las aportaciones geográficas a los estudios sobre la memoria (paralela y conectada a la vez con el creciente interés de la disciplina por las cuestiones de identidad y de patrimonio) ha crecido considerablemente los últimos diez años, en especial en el ámbito académico anglosajón. En éste, según veremos, el estudio de las dimensiones geográficas de la memoria ha generado ya una abundante literatura y perfilado una línea de investigación emergente que algunos autores han venido a denominar «la geografía de la memoria». En virtud de esa creciente producción bibliográfica, la consideración de estas dimensiones ha trascendido ya a los manuales de ciertas ramas y especialidades, empezando por los de geografía política (Till, 2003) y geografía cultural (Johnson, 2004), e incluso a algunos de los diccionarios más importantes de la disciplina, dentro no sólo del ámbito anglosajón (Johnston *et al.*, 2000), sino también del francófono (Lévy y Lussault, 2003)<sup>4</sup>.

Tanto en el caso de los trabajos efectuados desde la geografía como los elaborados por otras disciplinas interesadas, en más o menos medida, por las cuestiones de carácter espacial, la mayor parte de los estudios sobre las dimensiones espaciales de la memoria se han centrado en explorar las relaciones entre la memoria colectiva, los lugares y paisajes, y las identidades nacionales. Esta orientación temática resulta fácilmente explicable si tenemos

---

<sup>4</sup> *Vid.*, en el primero de estos dos diccionarios, los artículos sobre memoria popular y monumentos (Johnston *et al.*, *op.cit.*: 497-498 y 521-522); y, en el segundo, los dedicados a Maurice Halbwachs, a la memoria social y al concepto de *haut lieu* (Lévy y Lussault, *op.cit.*: 443-444, 448-49 y 602-604).

en cuenta, por un lado, las fuertes dimensiones territoriales de los nacionalismos; y, por otro lado, el hecho de que, desde la época contemporánea, los gobiernos y los poderes públicos estatales (en pugna o en alianza con las instituciones religiosas) hayan capitalizado en general la producción de una «memoria institucionalizada» al servicio de la construcción de las identidades nacionales respectivas, convirtiéndose en «imponentes máquinas de memoria o de olvido institucionalizado, decretando el recuerdo, el olvido, la amnistía, la amnesia, la condena o el perdón» (Cuesta, 1998: 209).

El propio concepto de «lugar de memoria», una de las nociones clave —si no la principal— en los estudios recientes y actuales sobre la memoria colectiva, incluidos los planteados desde la disciplina geográfica, arranca, como es sabido, de un ambicioso proyecto historiográfico, *Les lieux de mémoire*, dedicado a explorar los símbolos de la identidad nacional francesa y publicado, bajo la dirección del citado Pierre Nora, entre 1984 y 1992 (Nora, 1997)<sup>5</sup>. Ya se ha apuntado antes que Nora concibe la memoria colectiva como algo diferente de la historia: frente a la historia entendida como saber ocupado del estudio de los hechos pasados, la memoria colectiva constituiría la instrumentalización política del pasado en el presente, el recuerdo del pasado que se construye socialmente desde el presente, y del que la historia, como saber, sólo sería una modalidad concreta. Sobre dicha visión de la memoria colectiva, la obra de Nora acuñaba, dentro del campo académico, dos conceptos con implicaciones espaciales importantes. De un lado, la idea de *lugar de memoria*, definida por Nora como «toda unidad significativa, de orden material o ideal, de la que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo ha hecho un elemento simbólico del patrimonio de la memoria de una comunidad cualquiera» (*ibíd.*, II: 2.226). En segundo lugar, la noción de *política de memoria*, que indicaría la producción, desde las élites políticas e intelectuales, de un discurso sobre el pasado al servicio de objetivos del presente, así como la puesta en práctica de ese discurso en la sociedad a través de la conmemoración y de otras actuaciones de alcance público (incluidas las intervenciones de carácter espacial y paisajístico). En el capítulo introductorio de la obra, Nora reflexionaba extensamente sobre la primera de esas dos nociones, incidiendo en su naturaleza diversa. Los lugares de memoria, aclaraba Nora, pueden ser, según los casos, eminentemente simbólicos (banderas, himnos, efemérides, lemas...), funcionales (asociaciones, diccionarios, leyes, manuales escolares...) o materiales (monumentos conmemorativos, museos, archivos, edificios patrimoniales, así como paisajes), aunque, en rigor, todo lugar de memoria reúne ingredientes de estos tres tipos (*ibíd.*, I: 37).

¿Pero qué lugar ocupan la geografía y los geógrafos en la obra dirigida por Nora, convertida rápidamente en un modelo y un referente a escala internacional?<sup>6</sup> En mi opinión, y como algún autor ha apuntado recientemente (Verdier, en prensa), la respuesta a esta cuestión permite una doble lectura y entraña una cierta paradoja. Por un lado, algunos datos pueden

5 La edición original de obra, publicada por la editorial Gallimard, comprende un total de 3 volúmenes, distribuidos en siete tomos: el primer volumen (compuesto por 3 tomos y publicado en 1984) se dedica a «La República»; el segundo (también de 3 tomos, publicado en 1986) a «La Nación»; y el tercero (de un único tomo, publicado en 1992) a «Las Francias». El conjunto abarca 130 capítulos (a cargo de 106 autores) y 4.755 páginas.

6 Sobre la proyección internacional de la obra de Nora, véase el trabajo de Alain Roger (2008), que analiza de forma comparada la obra francesa y sus equivalentes historiográficos en Italia (*I luoghi della memoria*, editada por M. Isnengui, Roma-Bari, Laterza, 1996-1997, 3 vol.) y Alemania (*Deutsche Erinnerungsorte*, editada por E. François y H. Schulze, München, Beck, 2001, 3 vol.).

invitar a pensar que las dimensiones geográficas de la obra dirigida por Nora son, más bien, reducidas. De entrada, el número de geógrafos que colaboró en *Les lieux de mémoire* fue muy escaso (de los más de cien autores que participaron en la obra tan sólo hay dos geógrafos de formación, Armand Frémont y Marcel Roncayolo, más el historiador de la geografía Daniel Nordman). Además, la posición explicativa e introductoria tradicionalmente asignada a los factores geográficos en otras obras señeras sobre la historia de Francia desde el siglo XIX, es decir, la posición otorgada al territorio como escenario o como uno de los agentes explicativos de la unidad nacional de Francia, en clave más o menos ambientalista, desaparece completamente en la obra dirigida por Nora. La propia noción de lugar de memoria excede ampliamente, según hemos visto, la idea geográfica o topográfica de lugar, para abrazar realidades muy heterogéneas y en muchos casos poco o nada espaciales. Un uso voluntariamente laxo —y, *a priori*, desconcertante— que, como veremos enseguida, algunos geógrafos franceses han rechazado de manera explícita, y que se ha producido también en otros países europeos, incluido España<sup>7</sup>.

Pero, por otro lado, la obra dirigida por Nora no sólo reconoce el papel que la disciplina geográfica y, en especial, la escuela vidaliana han podido desempeñar en la construcción de la conciencia nacional o de la idea de nación en Francia (en este sentido el *Tableau de la Géographie de la France* es estudiado, en un capítulo redactado por el historiador Jean-Yves Guimar, como un lugar de memoria), sino que además, en la línea de los trabajos pioneros de Maurice Halbwachs, presta una considerable atención a los modos en que la memoria colectiva se constituye espacialmente mediante su anclaje en ciertos lugares materiales<sup>8</sup>. De esta forma, y aparte de dedicar capítulos específicos a ciertas obras o representaciones significativas del territorio y del paisaje de Francia, como el ya citado, *Les lieux de mémoire* aborda el análisis de monumentos y del estuario público; de lugares emblemáticos (*haut-lieux*) desde el punto de vista histórico, religioso o arquitectónico; de fronteras y divisiones territoriales-administrativas; de divisiones regionales relevantes en la imaginación popular; de la toponimia urbana; o, en fin, de paisajes y prácticas representativas de la estrecha conexión entre la sociedad y el medio, como, en particular, los relacionados con el mundo rural (Cuadro 1). Aunque la mayoría de los especialistas que se ocupan de estas cuestiones en la obra son historiadores, el interés geográfico de la misma (calificada por el propio Nora como una «vasta topología de la simbólica francesa»)<sup>9</sup> parece, en tal sentido, indudable, como han reconocido muchos de los geógrafos que han trabajado sobre las dimensiones espaciales de la memoria.

7 En el caso de España, sirvan como ejemplo las obras editadas por Joan Ramón Resina y Ulrich Winter sobre los lugares de memoria de la España constitucional (Resina y Winter, 2004) y de la Guerra Civil y el franquismo (Winter, 2006), planteadas desde una perspectiva exclusivamente literaria y audiovisual, sin ningún tipo de consideración espacial.

8 En los últimos veinte años, la obra de Halbwachs, uno de los grandes teóricos de la Morfología Social, ha despertado un enorme interés no sólo entre filósofos, sociólogos e historiadores, sino también entre los geógrafos interesados en las cuestiones urbanas y las dimensiones espaciales de la memoria colectiva. Dentro de esta última temática, resultan fundamentales dos de las últimas obras de Halbwachs: *La topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte*, publicada en 1941; y, sobre todo, *La mémoire collective*, colección de estudios publicada póstumamente, en 1950, y cuyo capítulo quinto (inacabado) versa sobre las relaciones entre la memoria colectiva y el espacio (Halbwachs, 1997: 193-236).

9 Nora (1998: 18).

Cuadro 1

LA DIMENSIÓN ESPACIAL EN LES LIEUX DE MÉMOIRE: "LUGARES MATERIALES" DE CARÁCTER TOPOGRÁFICO O MONUMENTAL Y OTROS CAPÍTULOS DE INTERÉS GEOGRÁFICO, AGRUPADOS POR TEMAS

TEMAS	CAPÍTULOS Y AUTORES
<i>Monumentos, sitios históricos y lugares emblemáticos ("haut lieux")</i>	El Panteón (M. OZOUF); Los monumentos a los muertos (A. PROUST); Cancillerías y monasterios (B. GUENÉE); Los santuarios reales (C. BEAUNE); Reims, villa de lo sagrado (J. LE GOFF); Las estatuas de París (J. HARGROVE); Lascaux (J.-P. DEMOULE); Vézelay (G. LOBRICHON); Notre-Dame de París (A. ERLANDE); Los castillos del Loira (J.-P. BABELON); Le Sacré-Coeur de Montmartre (F. LOYER); La torre Eiffel (H. LOYRETTE); Alésia (O. BUCHSENSCHUTZ y A. SCHNAPP); Verdún (A. PROUST); Port-Royal (C. MAIRE), El Muro de los Federados (M. REBÉRIOUX).
<i>Paisajes naturales y rurales representativos de las relaciones sociedad-medio</i>	El frente marítimo (M. MOLLAT); El bosque (A. CORVOL); La tierra (A. FRÉMONT).
<i>Forma y organización político-administrativa del territorio (génesis, fronteras, divisiones y conflictos)</i>	El departamento (M. RONCAYOLO); La región (J. REVEL); De los límites feudales a las fronteras políticas (B. GUENÉE); De los límites del Estado a las fronteras nacionales (D. NORDMAN); Una frontera-memoria: Alsacia (J.-M. MAYEUR); La Vendée, región-memoria (J.-C. MARTIN); El Hexágono (E. WEBER); París y las provincias (A. CORBIN); El centro y la periferia (M. AGULHON); Norte-Sur (E. LE ROY LADURIE).
<i>Representaciones del territorio y del paisaje (científicas, turísticas y pedagógicas)</i>	El paisaje del científico (M. RONCAYOLO); <i>Le Tableau de la géographie de la France</i> de Vidal de la Blache (J.-Y. GUIOMAR); Las Guías Joanne (D. NORDMAN); <i>Le Tour de la France par deux enfants</i> (J. y M. OZOUF).
<i>Topónimos</i>	Los nombres de las calles (D. MILO).

(Fuente: elaboración propia, a partir de Nora, dir., 1997).

La recepción de la obra dirigida por Nora dentro de la disciplina geográfica ha sido, en todo caso, desigual según los diversos contextos y tradiciones. Por citar únicamente tres de estos contextos, dicha recepción ha sido bastante escasa en la geografía española, como he tenido oportunidad de analizar en otro lugar (García Álvarez, en prensa, *a*) y, de forma algo paradójica, en la geografía francesa, aunque en Francia, a mediados de la década de 1990, el concepto de lugar de memoria fue objeto de interesantes consideraciones teóricas por parte de Bernard Debarbieux (1995) y Jean-Luc Piveteau (1995). Aun admitiendo el interés de *Les*

*lieux de mémoire* para entender algunos de los mecanismos mediante los cuales los colectivos otorgan significados al territorio y se sirven del mismo para construir o afianzar su identidad, los geógrafos franceses que han abordado la problemática de la memoria han preferido el término, ya señalado, de *haut-lieu*<sup>10</sup> al de lugar de memoria, cuyo significado laxo, a menudo desligado de cualquier realidad física, consideran confusa y abusiva (Verdier, *op.cit.*).

Por el contrario, la obra dirigida por Nora, que se tradujo parcialmente al inglés desde fines de los años 80, ha sido una referencia ampliamente utilizada en la geografía anglosajona, en la que las cuestiones sobre la relación entre lugar, memoria e identidad han dado pie a una abundante bibliografía en los últimos quince años (por citar algunos estados de la cuestión, véanse los de Osborne, 2001; Mitchell, 2003; Till, *op.cit.*; Hoelscher y Alderman, 2004; Johnson, *op.cit.*; Legg, 2005; Foote y Azaryahu, 2007; y Rose-Redwood *et al.*, 2008). Traducido indistintamente como *place of memory*, como *realm of memory* o, sobre todo, como *site of memory*, el concepto ha calado plenamente en el ámbito anglófono hasta configurar uno de los ejes centrales de una línea de investigación propia, a la que Kenneth Foote y Maoz Azaryahu, en un balance reciente, han denominado «la geografía de la memoria», y en la cual convergen aportaciones procedentes de ramas geográficas muy diversas (como, en especial, la geografía cultural, la geografía histórica, la geografía política, la geografía urbana y la geografía feminista, sin olvidar la historia del pensamiento geográfico):

«La geografía de la memoria —han escrito estos dos autores— localiza la historia y sus representaciones en el espacio y el paisaje. Contesta a la cuestión de ‘dónde está la memoria’ en términos de lugares y sitios que vacían una cierta visión de la historia en un molde de permanencia conmemorativa» (Foote y Azaryahu, 2007: 127).

La geografía de la memoria profundiza, sobre todo, en el estudio de los sitios materiales donde la relación entre lugar y memoria es más evidente (caso de ciertos paisajes y, en general, de los monumentos, memoriales<sup>11</sup> y museos), pero también tiene en cuenta las expresiones «actorales» o ceremoniales de la memoria (como, por ejemplo, rituales, festivales, ceremonias cívicas, desfiles, espectáculos al aire libre, peregrinaciones, etc.). Y frente a las aproximaciones de otras disciplinas interesadas en el estudio de la memoria social, se centra en las pautas y dinámicas espaciales, locacionales y materiales de tales representaciones y prácticas conmemorativas, fundamentales para la constitución de las identidades individuales y colectivas.

---

10 El diccionario dirigido por Lévy y Lussault (*op.cit.*, 448) define el *haut lieu* como «lugar que expresa simbólicamente, a través de sus representaciones y de sus usos, un sistema de valores colectivos o una ideología». Sobre el alcance de dicha noción en geografía, véase también Debarbieux (*op.cit.*).

11 En inglés, el término *memorial* designa a menudo un sitio material conmemorativo asociado a algún tipo de pérdida o tragedia (cementeros; estatuas, monumentos y parques a las víctimas de guerras, etc.), a diferencia de la noción de *monument*, vinculada convencionalmente a significados triunfales. Frente a esa distinción, Dwyer y Alderman (2008: 167) prefieren utilizar la expresión «paisaje memorial» (*memorial landscape*) para referirse a cualquier conjunto de elementos de cultura material (como, por ejemplo, estatuas, monumentos o sitios conservados, parques, topónimos y señales e indicadores históricos), situados normalmente en espacios públicos y asociados a la memoria colectiva.

Es verdad que las incursiones geográficas en las dimensiones simbólicas del espacio, e incluso en el papel desempeñado por ciertos lugares y paisajes en los procesos de construcción nacional, son anteriores a la publicación de *Les lieux de mémoire*. Desde la aparición de las geografías humanísticas en la década de 1970 y la revitalización de la geografía regional y política a partir de los años 80 el análisis de tales cuestiones figuraba en la agenda de trabajo de la disciplina. Más aún, conviene recordar que una de las mayores aportaciones realizadas hasta la fecha sobre el análisis de la construcción social de la memoria, el libro *El pasado es un país extraño*, publicado en 1985, es la obra de un geógrafo y se escribe con total independencia de los trabajos de Nora (Lowenthal, 1998)<sup>12</sup>. Para su autor, David Lowenthal, en la cultura contemporánea el pasado es siempre un país extraño para el presente puesto que constituye una imagen cambiante y en continua reinterpretación según las necesidades de cada momento, lo que Lowenthal, por cierto, no valora como algo necesariamente negativo.

Pero, sin perjuicio de la importancia de esos referentes disciplinares propios y de las limitaciones y críticas ya apuntadas, la apelación a la obra de Nora en los estudios geográficos sobre la memoria colectiva sigue siendo, todavía hoy, frecuente. Además de aportar claves para comprender los significados adquiridos por ciertos lugares (en especial los significados políticos e ideológicos), *Les lieux de mémoire* permiten integrar la consideración de las cuestiones espaciales en la historiografía de los símbolos nacionales e, indirectamente, han contribuido a reflexionar sobre la relación entre la historia de la geografía y la construcción de las identidades territoriales.

### III. TOPOGRAFÍAS PATRIÓTICAS Y PAISAJES NACIONALES. ALGUNOS EJEMPLOS ESPAÑOLES

En los últimos veinte años geógrafos e historiadores han estudiado con amplitud las funciones del territorio y del paisaje como fuente y expresión de identidades colectivas y, dentro de esta temática, la inserción de las dimensiones territoriales y paisajísticas en los procesos construcción nacional, inserción que tiene lugar, sobre todo, a partir de la difusión del ideario romántico y en paralelo con la institucionalización académica de la historia y de la geografía. Buena parte de las investigaciones geográficas sobre la dimensión espacial de la memoria colectiva se ha centrado, precisamente, en explorar los que Donald Meinig llamara, a fines de los años 70 del siglo pasado, los «paisajes simbólicos» que forman parte de «la iconografía de la nacionalidad» (Meinig, 1979). Tales paisajes emblemáticos, considerados en su momento una suerte de «paisajes nacionales», podrían definirse como «aquel paisaje o conjunto de paisajes que en el imaginario colectivo representan e identifican los valores nacionales, la esencia de la nación» (Nogué, 2005: 151); «paisajes a los que se atribuye la cualidad de condensar, expresar y simbolizar las claves de la correspondiente identidad nacional» (Ortega Cantero, 2007: 138).

---

<sup>12</sup> Lowenthal reflexiona sobre la memoria como una de las tres vías principales de acceso al pasado, junto a la historia y las permanencias físicas (lo que él denomina, en sentido amplio, las reliquias) (Lowenthal, *op. cit.*, 282-352). Conocedor de una vastísima bibliografía, cita en varias ocasiones la obra de Halbwachs sobre la memoria colectiva (Halbwachs, 1997), pero no los trabajos de Nora, cuyos *Lieux de Mémoire* comenzaron a publicarse apenas un año antes que la obra de Lowenthal.

Las interpretaciones románticas de la nación y, de manera más amplia, las concepciones nacionales de carácter orgánico-historicista, aunque no sólo éstas, han vinculado estrechamente la identidad nacional con el territorio, la naturaleza y el paisaje; han visto en el territorio una suerte de «receptáculo» del pasado en el presente; han reconocido en el paisaje, en general, una expresión (material y simbólica) de la historia de los grupos humanos; han dotado de significado identitario colectivo a determinados paisajes y lugares, convirtiéndolos en lugares de memoria y en símbolos de la historia y el carácter nacional; y han contribuido, de este modo, a su valoración y protección como bienes patrimoniales (Olwig, 2002; Walter, 2004; Núñez, 2004; Ortega Cantero, 2005).

Los estudios geográficos a este respecto se han centrado en explorar las «topografías patrióticas» —utilizando la expresión de Stephen Daniels (1993)— de las que forman parte esos lugares y paisajes de valor identitario, y en las que suelen integrarse escenarios de batallas, asedios y otros episodios bélicos considerados claves en la historia nacional; lugares de nacimiento de héroes, santos o figuras históricas relevantes; santuarios y centros religiosos de especial importancia; territorios fundacionales o protagonistas en el proceso de conformación de los estados correspondientes; territorios históricos originarios hoy perdidos o en manos de otros pueblos; espacios naturales valorados como excepcionales; o simplemente familias y tipos de paisajes, no necesariamente excepcionales, que las élites intelectuales y políticas han interpretado como la cuna y la plasmación material de las señas distintivas de una cultura (Storey, 2001).

Los nacionalismos han forjado unas veces, o manipulado interesadamente otras, una verdadera retahíla de paisajes nacionales, que en ciertos casos han sido institucionalizados mediante figuras políticas y legales específicas (bajo la forma de parques naturales, conjuntos históricos protegidos, etc.), y en otros no han cuajado en figuras institucionales, aunque sí en imágenes y arquetipos de amplia proyección social. En el caso de España, los estudios sobre este particular han indagado en una doble dirección. En primer lugar, en la génesis intelectual e ideológica de algunos de estos paisajes asociados a la identidad nacional (o, siendo más precisos, de los paisajes valorados por los diversos nacionalismos y concepciones de lo nacional que han coexistido en el Estado a lo largo del último siglo y medio). Y en segundo lugar, aunque a menudo en relación estrecha con la dimensión anterior, en la proyección de estas valoraciones sobre las políticas de protección y de puesta en valor de algunos de estos lugares y paisajes en términos de patrimonio.

Dentro de la primera de estas dos líneas, la valoración de Castilla, y en especial de la Meseta, como paisaje nacional por excelencia, esto es, como testimonio y símbolo de las claves y valores que, en determinado momento y por determinados círculos, se consideraron característicos de la historia y la identidad nacional española, ha sido estudiada con particular detenimiento (García Fernández, 1985; Varela, 1993; Fox, 1997; Martínez de Pisón, 1998; Pena, 2000; Morales y Esteban, 2005; Ortega Cantero, 2007). Como es sabido, esta valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla se inscribe en una interpretación «castellano-céntrica» de la historia y de la identidad nacional española y fue desarrollada principalmente por determinadas corrientes vinculadas al nacionalismo liberal español a partir del último tercio del siglo XIX, aunque contó con precedentes importantes en el extranjero, como la obra geográfica de Elisée Reclus (Ortega Cantero y García Álvarez, 2006). Entre tales corrientes, se ha resaltado el papel «fundacional» desempeñado por Francisco

Giner de los Ríos y en general por la Institución Libre de Enseñanza, así como por los escritores del 98, en la apreciación de los paisajes castellanos. Las investigaciones citadas han indagado extensamente en los significados nacionales identitarios atribuidos, en aquel entonces, no sólo a la Castilla de la Meseta, o de la llanura, sino también a determinados ámbitos montañosos, como la Sierra de Guadarrama, las montañas sorianas o la Sierra de Gredos, poniendo de manifiesto una «topografía simbólica» mucho más rica que la del estereotipo puramente meseteño.

La valoración del paisaje en términos de identidad nacional ha sido también intensa en los nacionalismos gallego y catalán. Los arquetipos paisajísticos del nacionalismo gallego anterior a la Guerra Civil, así como ciertas prolongaciones actuales de dichos arquetipos, han sido objeto, en los últimos años, de varios estudios (García Álvarez, 2003; Fernández Pérez-Sanjuán, 2003; López y Lois, 2007; López, 2008). La ideología tradicionalista de algunos de los principales líderes del galleguismo histórico, entre los cuales figuró el geógrafo Ramón Otero Pedrayo, se manifestó claramente en su preferencia paisajística por el mundo rural en general, y, dentro de éste, por las comarcas de las Rías Altas y de la Galicia oriental y montañosa, ámbitos más agrestes y alejados de las rutas turísticas del momento. Estos paisajes agrarios, densamente humanizados desde antiguo, fueron percibidos por los galleguistas como símbolos de una relación estrecha, profunda, entre el hombre y la naturaleza, además de como reservorios de una cultura campesina que mantenía vivas las esencias definitorias de la nacionalidad, empezando por el uso de la lengua propia. A tales paisajes identitarios se unía, en un plano distinto, el de Santiago de Compostela, que, a ojos de los galleguistas tradicionalistas como Otero, aparecía no sólo como un símbolo de los valores que definían, según ellos, la identidad gallega (religión y espiritualidad, relevancia histórica en la Edad Media, importancia de la cultura y el arte, vocación europea...), sino también como un paisaje cultural que conservaba todavía un lazo íntimo con el mundo campesino y que estaba plenamente integrado en la naturaleza granítica del terreno.

En el caso catalán, trabajos como los de Joan Tort (1991), Francesc Roma (2004) y Joan Nogué (2005) han indagado en los paisajes nacionales del catalanismo histórico, en sus diversas fases y modalidades: desde los ámbitos montañosos exaltados por la *Renaixença* y por el modernismo en el último tercio del XIX a los espacios rurales tradicionales de la Cataluña mediterránea elogiados por el movimiento *noucentista* en los primeros decenios del XX<sup>13</sup>. En ambos casos, aunque mucho más sin duda en el de la *Renaixença*, movimiento profundamente influido por el romanticismo, la valoración identitaria de ciertos paisajes resulta indisoluble de la lectura que sus protagonistas hacen del pasado regional o nacional catalán: retrotrayéndose a los tiempos medievales, el catalanismo de signo tradicionalista concentra su mirada en la Cataluña vieja (la Cataluña al norte del Llobregat) y, concibe las montañas (el Pirineo y, dentro de éste, el Canigó; la cordillera prelitoral, y dentro de ella, los macizos de Montserrat y la sierra de Montseny) como cunas históricas de la nacionalidad, fuentes primigenias de las esencias catalanas y reductos de los valores morales y religiosos que consideran característicos de estas esencias. Sin perjuicio de sus valores estéticos o naturales, los paisa-

13 El primero de estos dos autores ha reflexionado también, junto a Valerià Paül, sobre la extensa obra paisajística de Josep Pla, vertebrada en buena medida por su visión del paisaje como memoria histórica (Tort y Paül, 2005, en especial 23-25).

jes nacionales del primer catalanismo «se escogen», pues, en buena parte, por su vinculación a una determinada memoria histórica.

Más aún, como ha mostrado Nogué, la continuidad de algunos de esos arquetipos paisajísticos se habría prolongado incluso, en Cataluña, hasta fechas recientes, bajo el dominio político del nacionalismo de signo conservador, con consecuencias evidentes sobre la evolución del paisaje. En este sentido, las políticas ambientales desarrolladas por los gobiernos autonómicos del citado signo durante la vigente etapa constitucional habrían asumido, apoyado o impulsado de forma prioritaria la protección de los espacios de montaña (caso de Aiguestortes, Montserrat, el Valle de Nuria y el Montseny), al tiempo que despreciaban y abandonaban a la especulación y al desarrollismo más desaforado los paisajes de la Cataluña sur, o en general, de la Cataluña de la cuenca del Ebro, desprovistos de esa valoración identitaria oficial. Proyectado en las políticas ambientales, el imaginario simbólico del territorio acarrea, en suma, repercusiones materiales importantes en tanto en cuanto influye en las actitudes colectivas hacia el paisaje, estimulando, según los casos, su protección o su abandono, su conservación o su transformación drástica.

En parecido sentido, algunas investigaciones han demostrado ampliamente la conexión entre la valoración cultural y en buena parte identitaria, patriótica e historicista de ciertos paisajes y los orígenes de las políticas de conservación de la naturaleza en España (un balance reciente al respecto, en García Álvarez, en prensa, *b*). En efecto, la consideración de este tipo de valores se incorporó de manera explícita en la primera legislación conservacionista (en especial, en el Real Decreto de 23 febrero de 1917, que desarrollaba la Ley sobre Parques Nacionales de 1916) y tuvo un papel fundamental en la creación de dos de los tres primeros espacios naturales protegidos en el Estado: el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga (creado en 1918) y el Sitio Nacional del Monte de San Juan de la Peña, declarado en 1920 (Fernández y Pradas, 1996; Boyd, 2007; Ortega Cantero y García Álvarez, 2009; García Álvarez, en prensa, *b*). Sin perjuicio, una vez más, de sus valores naturales y estéticos, la declaración de tales espacios como parques protegidos obedeció en buena parte a los valores simbólicos que atesoraban para los protagonistas de los inicios de la política conservacionista en España, empezando por el primero de todos, Pedro Pidal, principal promotor de la Ley de 1916 y Comisario General de Parques Nacionales entre 1917 y 1935.

Como han puesto de manifiesto los estudios señalados, las concepciones nacionales del Marqués de Villaviciosa (aristócrata de hondas convicciones católicas e ideología profundamente monárquica y conservadora), acentuadas por el contexto político del momento (marcado, entre otros hechos, por el ascenso de los nacionalismos periféricos, en especial del catalán, y los debates sobre la descentralización regional del Estado), influyeron de modo explícito a la hora de declarar la protección de los dos espacios citados. En ambos casos, nos encontramos con ámbitos de montaña que, a su belleza estética e interés ambiental, unían la presencia de monumentos de carácter histórico y religioso que remitían a los orígenes de la Reconquista (entendida como germen fundacional y distintivo de la nación española) y, de manera más amplia, al proceso de unificación política y confesional de la monarquía española. Si, desde esta perspectiva nacionalista, Covadonga se valoraba como la cuna de la Reconquista «cantábrica» o castellana, San Juan de la Peña representaba la cuna de la Reconquista «pirenaica» o aragonesa, como quedó de hecho recogido en la Real Orden por la que se declaró este Monte Sitio Nacional.

La creación del primero de los Parques Nacionales españoles formó parte, asimismo, de la Ley de Conmemoración del XII Centenario de la Batalla de Covadonga y se inauguró oficialmente el 8 de septiembre de 1918, día de la festividad de la Virgen de Covadonga, como colofón a los actos del citado Centenario. Y los discursos pronunciados entonces pusieron de manifiesto claramente la importancia otorgada al paisaje-escenario, o al paisaje-memoria, por encima de otro tipo de valores y dimensiones. Si, con ocasión de dicha inauguración, el Marqués de Villaviciosa se refirió a Covadonga como «el teatro de las hazañas de Pelayo», y a «los esplendores de la Naturaleza» como «el mejor museo a los sentimientos de la Religión y a los recuerdos de la Historia», Alfonso XIII presentó la creación del Parque como «algo único en el mundo: unir el arte de la Naturaleza a la religión y a la historia en el lugar de nacimiento de una nación». Los primeros pasos de la política conservacionista se inscribieron así en las políticas de memoria vinculadas a ciertos sectores del nacionalismo español, al tiempo que reflejaron y se vieron afectadas por las disputas identitarias y territoriales del momento.

Los criterios patrióticos y nacionalistas no han faltado tampoco, en fin, en la «patrimonialización» de determinados paisajes y monumentos históricos y arqueológicos, como han puesto de manifiesto, en especial, algunos historiadores del arte. En su *Historia de la Restauración Monumental en España*, Isabel Ordieres ha relacionado directamente, por ejemplo, la hegemonía de las concepciones castellano-céntricas de la nación española a fines del siglo XIX y principios del XX con la multiplicación de peticiones de declaración monumental de castillos y casas palaciegas de Castilla o con las diversas actuaciones restauradoras y museísticas desplegadas en la ciudad de Toledo por Benigno de la Vega y Flaquer, II Marqués de la Vega-Inclán, Comisario Regio de Turismo entre 1911 y 1928 y, en cierto modo, consejero artístico de Alfonso XIII (Ordieres, 1995: 94 y 146-147).

Los inicios de la protección oficial del patrimonio de Toledo y de la conversión de esta ciudad en uno de los principales destinos turísticos del país, en los que el Marqués de la Vega-Inclán tuvo un papel destacado, resultan, asimismo, indisolubles de determinadas valoraciones ideológicas y culturales de carácter paisajístico, que vieron en Toledo un símbolo representativo de la historia y la identidad nacional española (Moreno, 2004; García Álvarez, 2007). Un proceso en que participan también, de manera prominente, los escritores del 98 (en especial Baroja y Azorín) y algunas figuras clave de la Institución Libre de Enseñanza, como Manuel Bartolomé Cossío (uno de los principales artífices del redescubrimiento y de la valoración internacional de El Greco) y el pintor paisajista Aureliano de Beruete (que dedicó a la ciudad toledana más de un centenar largo de cuadros). En el marco de la visión castellano-céntrica de la historia y de la identidad nacional españolas característica de la mayoría de estos autores, la ciudad de Toledo fue valorada no sólo como una «ciudad muerta» que simbolizaba la antigua grandeza y la decadencia actual de España, sino también como una suerte de compendio, archivo o museo del arte español; como una síntesis y encrucijada de las civilizaciones que han formado la cultura española; e incluso como una simbiosis ejemplar de naturaleza e historia, cargada de valor espiritual, y en la que, a mediados del siglo pasado, Manuel de Terán veía «una forma perfecta y definida de paisaje humanizado», «en el que ciudad y roca se confunden» y que es «viva concreción de campos y sierras» (*cfr.* García Álvarez, 2007: 201-203).

A lo largo del primer tercio del siglo XX, dichas imágenes contribuyeron decisivamente a convertir a Toledo en un destino turístico preferente dentro de España y fueron encauzadas políticamente a través de la multiplicación de museos y declaraciones monumentales, en un proceso de patrimonialización progresivo que empieza por la exaltación de la figura de El Greco y culmina, en 1940, con la declaración del conjunto de la ciudad como monumento histórico-artístico. Tras los acontecimientos de la Guerra Civil de 1936-1939, que afectaron de lleno a Toledo, la ciudad se convirtió, además, en uno de los lugares principales de la propaganda y la memoria franquistas. El franquismo exaltó el perfil militar de la urbe, focalizado en el edificio del Alcázar, que, entre julio y septiembre de 1936, había sido escenario de uno de los episodios más conocidos de la Guerra y había quedado completamente arruinado. En el marco de un proceso de mitificación intenso y continuado a lo largo de toda la dictadura, el asedio del Alcázar de Toledo y, con él, el monumento en ruinas, cuya reconstrucción no se abordó hasta el decenio de 1950, se convirtieron en un símbolo con el que el régimen quiso exaltar tanto el heroísmo (y el triunfo) del bando propio como las atrocidades (y el fracaso militar) del republicano (Sánchez-Biosca, 2000; Basilio, 2006).

#### IV. ESPACIOS URBANOS Y POLÍTICAS DE MEMORIA

La otra línea principal de los estudios sobre las relaciones entre el espacio, la memoria histórica y la identidad nacional se ha centrado en el modelado y la transformación del paisaje con arreglo a criterios nacionalistas, es decir, en la erección de emblemas, monumentos y rituales de propósito nacionalista; en la materialización, no tanto de un «paisaje simbólico nacionalista», sino de una «iconografía nacionalista en el paisaje» (Nogué y Vicente, 2001: 177-185). Más que en la atribución de valores nacionales a un paisaje previo, el objeto de atención de esta línea estribaría, pues, en la «colonización» de un paisaje preexistente o en la creación de un paisaje nuevo por elementos de propósito expresamente identitario y nacionalizador, de acuerdo con una determinada política de memoria. Las investigaciones en este sentido se han centrado sobre todo en el espacio público de las ciudades, que, como sedes y símbolos principales del poder, han sido, sin duda, los escenarios más propicios para este tipo de políticas de memoria, de la que forman parte la erección de estatuas y monumentos conmemorativos; la preferencia por determinados estilos arquitectónicos; el uso de la ornamentación simbólica de carácter institucional (banderas, enseñas, etc.); la manera de nombrar las calles, las plazas y los espacios públicos en general; el diseño urbanístico de determinados barrios o espacios (como, en especial, los parques urbanos); o incluso los itinerarios elegidos para las procesiones y celebraciones cívicas, que configuran determinados espacios de memoria y celebración oficiales (generalmente céntricos: el casco histórico o los ensanches burgueses), al mismo tiempo que crean o contribuyen a reforzar «una ciudad del olvido, del todo ignorada y nunca recorrida», unos «no lugares de la memoria» (Michonneau, 1999). La idea, medular en la obra de Nora o en otro clásico historiográfico sobre el tema, como fue el libro *La invención de la tradición* (Hobsbawm y Ranger, 2002), de que la forma en que se representa el pasado no es inocua, sino que expresa relaciones de poder y autoridad, se materializa de manera muy clara en el espacio público de las ciudades.

Las transformaciones operadas en la Europa Central y Oriental a partir de la caída de los regímenes socialistas han ofrecido, precisamente, un laboratorio vivo y privilegiado para el

análisis de este tipo procesos, que resultan especialmente evidentes en los períodos revolucionarios y en general en las épocas de crisis y de cambio político brusco, aunque no sean, ni mucho menos, exclusivos de tales coyunturas (Azaryahu, 1996; Mitchell, 2003; Johnson, 2004). Los estudios geográficos recientes sobre las relaciones entre lugar y memoria en las principales ciudades de esa parte de Europa, de Berlín a Moscú, de Budapest a San Petersburgo, han mostrado bien, al igual que lo hiciera el pionero trabajo de David Harvey sobre el Sacré-Coeur de Montmartre (Harvey, 1979), que las dimensiones espaciales de la memoria pública son dinámicas, y que, a lo largo del tiempo, algunos elementos conmemorativos se añaden mientras que otros desaparecen, a la vez que los mismos monumentos y lugares de memoria pueden ser reinterpretados y sus significados contestados, disputados y transformados.

En el caso de España, las investigaciones más importantes hasta la fecha en relación con esta línea han procedido de historiadores e historiadores del arte. Ya en la segunda mitad de la década de 1980, y en parte respondiendo al estímulo de los trabajos dirigidos por Nora en Francia, algunos historiadores de la Universidad de Salamanca (dentro del grupo coordinado por Josefina Cuesta) efectuaron diversos estudios pioneros sobre los lugares de memoria de la Guerra Civil en Castilla, incidiendo en las transformaciones operadas en ciertas ciudades, como la propia Salamanca, que llegó a ser capital provisional del gobierno franquista (Madelena *et al.*, 1988). La guerra y el comienzo de la dictadura de Franco fueron, ciertamente, como lo fueron también, aunque desde supuestos ideológicos completamente distintos, el Sexenio revolucionario y la instauración de la II República, períodos especialmente intensos en la «imposición» de una nueva memoria en esferas tan evidentes desde el punto de vista paisajístico como la toponimia (Madelena y Grupo Salamanca, 1995; Duch, 2000; Tort, 2003; Moreno *et al.*, 2008), la estatuaría pública (Andrés, 2004) o el monumento conmemorativo (Fernández Delgado, 1982; Aguilar, 1996b; Tranche y Sánchez-Biosca, 2006), que han sido objeto de numerosas investigaciones, aleccionadas, en los últimos años, por los debates en torno a la citada Ley de la Memoria Histórica y, más ampliamente, a la retirada de los símbolos franquistas del espacio público (Olmeda, 2008).

Pero las investigaciones recientes sobre las políticas y lugares de memoria urbanos en España no se ha limitado, obviamente, a las etapas de la Guerra Civil y el régimen franquista (por más que, como es sabido, estos dos períodos han acabado casi por acaparar, en los últimos años, los usos políticos y sociales de la expresión «memoria histórica»). Las celebraciones del bicentenario de la Guerra de la Independencia y, de manera más amplia, la intensa atención dedicada, en el último decenio, a la historia del nacionalismo español y de los procesos de nacionalización en España desde el siglo XIX en adelante han impulsado, por ejemplo, diversos trabajos sobre los lugares de memoria asociados al nacionalismo liberal, en sus diversas fases y modalidades. Algunos de esos trabajos han atendido también a las políticas toponímicas y de erección de monumentos conmemorativos —los «lugares de memoria materiales» por excelencia— en el Estado liberal, que convirtió, precisamente, dicha Guerra, en uno de sus principales mitos nacionalizadores (Serrano, 1999; Géal, 2008; Andrés, 2008)

La escultura conmemorativa erigida en España en el período comprendido entre 1820 y 1914, considerado «la Edad de Oro del monumento público», ha sido analizada por el historiador del arte Carlos Reyero en un trabajo fecundo, a mi juicio, en consideraciones de orden espacial (Reyero, 1999). En primer lugar, porque demuestra el contenido eminentemente

nacionalista de la escultura monumental española en este período, destinada, de manera principal, a ilustrar al ciudadano sobre la historia del país y a formar en él una determinada conciencia de identificación colectiva, vinculada de manera estrecha con el naciente Estado liberal y con la idea misma del individuo. Y, en segundo lugar, y lo que es más importante desde el punto de vista geográfico, porque pone de manifiesto las estrechas y complejas relaciones simbólicas establecidas entre la estatuaria monumental y la ciudad decimonónica, tanto a las escalas más próximas (esto es, con el espacio inmediato y circundante: el edificio próximo, la calle, la plaza, el barrio...), como a la escala del municipio entero, a la de la región o incluso a la del conjunto del Estado.

Entre la ciudad y sus estatuas —sostiene Reyero— se establecieron unas relaciones simbólicas íntimas y casi indisociables, que configuran verdaderas narrativas iconográficas singulares y difícilmente trasladables de un ámbito a otro. En el caso de Madrid, por ejemplo, el repertorio escultórico de esta etapa, que se concentra de manera evidente en el centro histórico y en el Ensanche, proyecta el espacio urbano como un escaparate de referencias eminentemente nacionales, más que locales, y sus monumentos, especialmente numerosos y relevantes, remiten en mucha mayor medida que los de ningún otro lugar al nacionalismo español y a la idea de autoridad y poder. En cambio, en Barcelona, principal centro económico e industrial de la época, la estatuaria urbana revela el dominio de la catalanidad sobre las referencias a la historia común española, así como el elogio del progreso económico como motor de civilización. Como todo arte oficial, la escultura monumental del XIX fue, en suma, un arte plagado de contenidos y pautas cuidadosamente seleccionados por las instituciones, que entendieron claramente su sentido ejemplarizante y orientaron, de acuerdo con los criterios ideológicos predominantes en cada momento, las decisiones relativas a su localización y su significación en el seno del paisaje urbano.

Lamentablemente, el estudio de Reyero carece, como la inmensa mayoría de los trabajos procedentes de historiadores e historiadores del arte, de toda representación cartográfica. En parecido sentido, aunque la bibliografía sobre los monumentos conmemorativos en España es bastante amplia, en general se ha centrado en el análisis de sus componentes estéticos o en el estudio del monumento «aislado», esto es, sin atender demasiado a sus dimensiones y relaciones espaciales, lo que le resta en muchos casos interés geográfico. Escasean, asimismo, estudios monográficos que examinen en detalle los «mapas conmemorativos» de las principales ciudades españolas, con sus diversas facetas y componentes, con sus significados cambiantes, plurales y contestados a lo largo del tiempo. Y los geógrafos españoles tampoco hemos llenado, hasta el momento, este vacío.

Dentro de ese panorama general, destacan, en cambio, algunos trabajos referidos a localidades españolas realizados por autores no españoles. En el campo del hispanismo francés, los trabajos de Carlos Serrano (1999), sobre Madrid, y Stéphane Michonneau (2001), sobre Barcelona, merecen, en mi opinión, especial atención. El primero de estos autores ha indagado en la influencia de las políticas de memoria oficiales desplegadas en Madrid desde la instauración del Estado liberal, momento en que la ciudad pasa a concebirse como capital de un Estado-nación, y ya no sólo como residencia del poder monárquico: sus investigaciones sobre la «fiebre monumentalista» de la Restauración y sobre la configuración y evolución de los topónimos de las calles madrileñas a lo largo de los dos últimos siglos revelan a las claras el esfuerzo de los diversos regímenes e ideologías por

modelar y controlar el paisaje simbólico de la capital para adecuarlo a su respectivas concepciones de la nación y de la sociedad.

La agitada historia de la toponimia urbana madrileña en la era contemporánea, por ejemplo, resulta muy ilustrativa a este respecto (Serrano, *op.cit.*: 161-182). Primero, frente a las pautas definitorias del callejero del Antiguo Régimen (en el que prevalecían los nombres de tipo «funcional» y religioso), el liberalismo triunfante en el XIX inició la secularización y la ideologización de la toponimia, concebida como uno de los instrumentos de «nacionalización simbólica del espacio urbano no privatizado»: las calles, plazas y jardines de la capital (en especial en el Ensanche, pero también en el casco histórico) se pueblan a partir de entonces con los nombres de las figuras señeras de la causa liberal, así como con los de «los héroes de una Historia nacional en gestación», desde Viriato al los protagonistas del Dos de Mayo, pasando por Pelayo, el Cid y los líderes comuneros. Posteriormente, los gobiernos municipales de la II República trataron de borrar de la onomástica urbana casi todo lo que recordara a la realeza y a la iglesia y multiplicaron los topónimos de filiación socialista o progresista. Topónimos que, en las décadas siguientes al final de la Guerra Civil dieron paso, en una nueva muestra de «furor rotulador», a los de los «héroes» y «mártires», tanto políticos como militares, del bando vencedor, así como a la erradicación de todo aquello que pudiera recordar al republicanismo o al liberalismo anterior.

Por lo que toca al trabajo antes citado del historiador Stéphane Michonneau, dedicado a las políticas de memoria en la Barcelona del período 1860-1936, se trata de una investigación verdaderamente pionera y sugerente a los efectos de este balance, presentada como tesis doctoral en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París en 1999 y publicada como libro poco después, originalmente en catalán (Michonneau, 2001; véase también 1999). Nos encontramos de nuevo ante una obra que, pese a carecer también de cualquier acompañamiento cartográfico, reviste un interés geográfico indudable. Michonneau examina la construcción del espacio simbólico de Barcelona en diferentes etapas políticas, comenzando por el período comprendido, aproximadamente, entre 1860 y 1900, marcado por el espectacular crecimiento demográfico e industrial de la ciudad y, en relación con éste, por el inicio de transformaciones urbanísticas decisivas, encabezadas por la edificación del Ensanche diseñado por Ildefonso Cerdá. Como demuestra ejemplarmente el autor, la reconfiguración del paisaje urbano barcelonés que tiene lugar en esta etapa incorpora una política de la memoria orientada por las élites intelectuales y políticas del provincialismo liberal, a través de la cual la ciudad vieja y el nuevo ensanche se pueblan de multitud de símbolos y rituales expresivos del «doble patriotismo» —español y catalán— característico de estas élites.

Así, por ejemplo, el historiador, literato y político Víctor Balaguer, encargado de diseñar la toponimia de las calles del nuevo Ensanche, se sirve de los nombres de lugar para relatar una historia catalana que, a la vez que exalta las glorias y «libertades» regionales medievales, conecta con la modernidad y el nacionalismo liberal español, siguiendo una lógica espacial conscientemente programada: del centro hacia arriba los nombres de las calles remiten, sobre todo, a las instituciones medievales, los reinos de la corona de Aragón o las tierras conquistadas, y posteriormente perdidas, del Midi francés; mientras que, a partir del Paseo de Gracia, proliferan los grandes literatos y hombres de ciencia catalanes, así como los personajes y episodios mayores de la historia política regional, interpretados en clave liberal. Además, los monumentos levantados por el ayuntamiento en esta época dibujan un itinerario simbólico

que rodea el centro histórico de la ciudad y privilegia la fachada marítima como escaparate de la Barcelona navegante y comercial; los itinerarios de procesión cívica de la época recorren casi siempre el mismo espacio urbano (entre las Ramblas y el Salón de San Juan); y el Parque de la Ciudadela, una vez liberado de su antigua condición de fortaleza y símbolo del sometimiento de Barcelona por la monarquía borbónica, pasa a convertirse en un espacio público y en un lugar de memoria privilegiado. Sus numerosos bustos y estatuas tratan de olvidar la derrota de 1714, conforman un circuito coherente que permite pasear por la historia catalana y perfilan un decorado idealizado con el que «recuperar» el campo en pleno corazón urbano, en sintonía con la ideología profundamente ruralista de la burguesía catalana del momento.

En opinión de Michonneau, la historia del espacio simbólico de Barcelona traduce, en definitiva, la historia del sistema social que produce la memoria colectiva y revela el intento de dominio o de control social por parte de unas élites preocupadas, de manera creciente, por la violencia y el desorden asociados al crecimiento de la ciudad industrial. Mediante la creación de un paisaje físico y simbólico cargado de referencias a un pasado común, dichas élites trataron, según el autor, de cimentar una sociedad internamente dividida y heterogénea.

Los conflictos asociados a las políticas de memoria y a su plasmación material en el espacio público figuran también entre los ejes principales de atención de las investigaciones llevadas a cabo por la hispanista e historiadora norteamericana Carolyn Boyd (2004 y 2007). Dentro de ellas, Boyd ha indagado en un caso que me parece enormemente ejemplar a este respecto: la historia de los diversos intentos llevados a cabo en España, desde la instauración del régimen liberal en adelante, con el objeto de crear un Panteón nacional de hombres ilustres en la ciudad de Madrid, intentos en buena medida fracasados y, hoy día, completamente olvidados (Boyd, 2004). Como la autora pone de manifiesto, en el trasfondo de esos esfuerzos fallidos para erigir este tipo de monumento, con el que, a imitación de otras experiencias célebres a escala internacional (como, en especial, el Panteón de París y la Abadía de Westminster), se pretendía crear un lugar de memoria común a todos los españoles, emergen, de forma más o menos clara, las limitaciones y dificultades del proceso de construcción nacional en la España contemporánea. Unas limitaciones y dificultades que, lejos de haber desaparecido en el último cuarto de siglo con la restauración de la democracia, continúan plenamente vigentes.

## **V. DE LOS LUGARES DE LA MEMORIA A LOS DEL OLVIDO: RECONSTRUYENDO OTRAS HISTORIAS Y OTRAS GEOGRAFÍAS**

La memoria y las políticas de memoria se plasman en el espacio igual que el espacio, como acumulador y totalizador histórico, se constituye de memorias y puede constituir en sí mismo una fuente y un soporte para la memoria individual y colectiva. Para la geografía, el estudio de los lugares y paisajes de la memoria, o en general, de los lugares simbólicos y patrimoniales, así como el de las políticas que contribuyen a conformar tales lugares, ofrece no sólo un terreno de exploración novedoso, que se ha mostrado fecundo en los últimos años, sino también un ámbito propicio para la colaboración interdisciplinar, y en particular, para reabrir puentes con las ciencias históricas. Respecto a los trabajos historiográficos y de otras disciplinas sociales y humanas interesadas en estas cuestiones, las aportaciones geográficas han contribuido específicamente, entre otras cosas, a valorar la importancia de la escala en

relación con los lugares y políticas de memoria; a analizar cómo ciertos espacios y lugares se articulan mediante estrategias narrativas dirigidas a exponer y representar el pasado de una determinada forma; y a cartografiar esas «topografías simbólicas», aunque, como ya se ha apuntado, la ausencia de mapas sigue siendo habitual no sólo en los estudios no geográficos sobre estos espacios, sino también en muchos trabajos geográficos.

Las investigaciones sobre las dimensiones espaciales de la memoria se han centrado, como hemos visto, en las relaciones entre el paisaje, la memoria histórica y las identidades nacionales. Impulsadas políticamente a través de diferentes vías (como, por ejemplo, la enseñanza) y plasmadas físicamente en el espacio público, tales relaciones han construido, en la época contemporánea, una suerte de memoria colectiva oficial e institucionalizada; han conformado, por expresarlo en los términos de Nora, la base de una de las varias «capas sedimentarias» de la memoria colectiva, la memoria del Estado-nación, particularmente influyente, pero en todo caso no única, ni excluyente, ni estable, ni indiscutida, ni siempre hegemónica. Al fin y al cabo, esa memoria oficial, preeminente en el enfoque historiográfico de *Les lieux de mémoire*, ha sido y es una expresión más de la diversidad de memorias e identidades colectivas característica de los estados contemporáneos. Otras líneas de investigación abiertas en los últimos años, en algunos casos partiendo de manera explícita de la crítica de la obra dirigida por Nora, han tratado de indagar precisamente en terrenos mucho menos explorados tradicionalmente por los estudios sobre la memoria colectiva.

Algunos trabajos, por ejemplo, están atendiendo a los paisajes no monumentales, a los no hegemónicos y a otras formas espaciales de memoria ajenas a las identidades nacionales. Fuera de los paisajes oficiales construidos por los grupos hegemónicos en cada momento, o de los paisajes canónicos preferidos o imaginados por las élites, estos estudios han valorado, por ejemplo, los paisajes de la memoria de las minorías y de los grupos no hegemónicos, ya fuera por razón de género, de raza, de etnia o de ideología: lugares que algunos autores han llamado «de contramemoria» o «de antimemoria», y que comprenden, también, los vinculados a la memoria de las víctimas y los vencidos, de los colectivos olvidados en su momento por la memoria oficial. Desde esa perspectiva se han estudiado, por ejemplo, lugares como la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México (donde en 1968 fueron masacrados cientos de civiles, principalmente estudiantes, a manos de la policía y del ejército); el Parque de la Memoria, en Buenos Aires (construido a fines del decenio pasado sobre la Avenida Costanera Norte, frente al Río de la Plata, cerca de uno de los aeropuertos militares utilizados durante la dictadura de 1976-1983 como punto de salida de los llamados «vuelos de la muerte»); los monumentos erigidos en memoria de las víctimas de la masacre de Montreal del 6 de diciembre de 1989, considerada por algunos un símbolo nacional e incluso internacional de la violencia contra la mujer; la parcela 301 del cementerio municipal de Rákoskeresztúr, en Budapest (donde fueron ejecutados y enterrados algunos de los principales líderes de la revolución antisoviética de 1956); o los diversos museos y monumentos erigidos en memoria de las víctimas del Holocausto en varios países europeos, o de las del *Apartheid* en Sudáfrica<sup>14</sup>. Las culturas de la memoria que fijan su atención en este tipo de lugares —vinculados, casi siem-

14 Los balances, ya citados, de K. Till, K. Mitchell y K. Foote y M. Azaryahu, revisan algunos de estos estudios y otros de temática análoga. Sobre el Parque de la Memoria bonaerense, véase el trabajo de Huyssen (*op.cit.*: 94-109).

pre, a acontecimientos dramáticos o trágicos— ya no se centran en los vencedores, sino en los vencidos, en los dominados; los lugares de la memoria adquieren en este caso un sentido histórico, pedagógico y de investigación, conservando el pasado, comunicándolo a las nuevas generaciones y reflexionando sobre su actualidad con el propósito de no repetir errores y de mejorar el presente (Mate, 2004).

En el caso de España, los argumentos manejados en favor de la llamada Ley de Memoria Histórica, cuyo título exacto es mucho más largo y prosaico<sup>15</sup>, se han apoyado en buena medida sobre la idea de «recuperar» la memoria de los vencidos y represaliados durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, invocando principios éticos tan nobles y universales como el del *deber de memoria*, aunque tampoco han faltado otras lógicas y motivaciones —políticas, ideológicas e incluso electorales— que no procede analizar aquí (Cuesta, 2007; Blakeley, 2008; Olmedo, *op. cit.*: 389-435). Cualesquiera que fueran tales argumentos, lógicas y motivaciones, lo cierto es que tanto el texto de la ley como los intensos debates públicos suscitados por la misma están cargados de consideraciones y dimensiones espaciales, aunque, hasta donde yo sé, los geógrafos hayamos permanecido al margen de esos debates. En virtud de dicha ley se ha previsto, por ejemplo, la elaboración, por parte del Gobierno y de las administraciones públicas, de mapas de las fosas comunes y en general de los enterramientos de las víctimas y desaparecidos de la Guerra y de la represión posterior cuyo paradero se ignore (Arts. 11-12); la retirada de los símbolos «conmemorativos» exaltadores de «la sublevación militar, la Guerra Civil o la represión de la Dictadura» de los monumentos públicos, salvo cuando concurren «razones artísticas, arquitectónicas, artístico-religiosas protegidas por la ley» (Art.15); la realización de un censo de las edificaciones y obras realizadas durante la Dictadura mediante trabajos forzados (Art.17); o la prohibición de cualquier actividad política y de ciertas prácticas conmemorativas en el Valle de los Caídos, uno de los principales lugares —si no el principal— asociados a la memoria de la Guerra y del régimen de Franco (Art. 16)<sup>16</sup>.

15 *Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura* (publicada en el BOE del 27 del mismo mes).

16 En concreto, la Ley prohíbe que en su recinto de lleven a cabo «actos de naturaleza política o exaltadores de la guerra civil, de sus protagonistas o del franquismo» y encomienda a la Fundación Gestora del monumento «incluir entre sus objetivos (...) el de profundizar en el conocimiento del período histórico de la Guerra Civil y la posguerra». La cuestión del Valle de los Caídos (que, desde su inauguración, en 1959, pertenece al Patrimonio Nacional) suscitó intensas polémicas parlamentarias a lo largo de la tramitación de la Ley. Entre las enmiendas al articulado del proyecto de ley, el grupo parlamentario Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds y el Bloque Nacionalista Gallego propusieron su reconversión en museo (la enmienda de IU-ICV hablaba de instalar en el recinto un «Centro del Memorial de la Libertad» y un «Museo de la Represión») y el traslado de los restos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera, mientras que para Esquerra Republicana de Catalunya el monumento debía transformarse en «centro de información y divulgación de la memoria represora en general y la de los penados que trabajaron en su construcción en particular, así como de toda la estructura represiva de campos de trabajadores desplegada por la Dictadura» (*cf.* Olmeda, *op.cit.*: 421). En noviembre de 2005, este partido político presentó incluso en las Cortes una proposición de ley «sobre la memoria republicana y antifascista» que incluía todo un apartado dedicado a la «Preservación de los lugares de la memoria» en el que, además de la museización tanto del Valle de los Caídos, se defendía la del campo de concentración de prisioneros de Miranda del Ebro, la del edificio de la Puerta del Sol de Madrid donde se ubicó la sede de la antigua Dirección General de Seguridad del Estado (hoy sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid) y la del «hospital de Saturrán» (*sic.*) (en alusión posiblemente al antiguo balneario guipuzcoano de Saturarán, hace tiempo derribado, que fue utilizado como cárcel de mujeres entre 1937 y 1944), así como la señalización con indicadores y plafones documentales de las grandes obras públicas realizadas en la postguerra con el trabajo forzado de los prisioneros (*ibid.*: 401-402).

Otra iniciativa reciente de carácter parecido, la Ley 13/2007, de 31 de octubre, del Memorial Democrático de Cataluña, aprobada por el Parlamento de esta Comunidad Autónoma, ha previsto incluso la creación de una «red de espacios de la memoria» asociados a la II República, la Guerra Civil, la Dictadura Franquista y la Transición y a los que se atribuyen funciones éticas, pedagógicas y turísticas. Los proyectos en marcha al amparo de esta ley comprenden una amplia tipología de figuras de carácter territorial, que incluye desde escenarios de batalla hasta «rutas del exilio y espacios de frontera», «zonas de retaguardia», «espacios y fortificaciones franquistas», «espacios de represión» y «espacios de resistencia democrática» (Guixé, 2008). Al calor del debate político generado por este tipo de leyes, del apoyo de algunas administraciones públicas o del empuje de ciertas asociaciones y plataformas ciudadanas, se ha desarrollado en estos últimos años una suerte de «arqueología de la memoria». preocupada por localizar, cartografiar, estudiar y memorializar los lugares de la Guerra y del franquismo vinculados a las víctimas del bando republicano (a modo de ejemplo, Molinero *et al.*, 2003; Rodrigo, 2005; Cardesín, 2006)<sup>17</sup>.

Por otra parte, y junto al creciente interés mostrado, tanto dentro como fuera de España, por los lugares de contramemoria o antimemoria, algunos autores han empezado a prestar atención a lo que el geógrafo Stephen Legg ha denominado «espacios de supervivencia de la memoria» (Legg, 2005: 498-490), es decir, a aquellos lugares y grupos que, dentro de un país, de una región o de una ciudad, conservan vivas tradiciones, valores y formas de vida propias del pasado y al margen de los espacios controlados oficialmente. Porque, como ha defendido el propio Legg, «sólo combinando los lugares nacionales de memoria con los espacios de contestación y de supervivencia de la memoria se puede construir una concepción de los espacios de la nación que sea completa e incluyente» (*Ibid.*: 500). Un reto que, inevitablemente, alberga potenciales críticos e implica compromisos políticos y dilemas éticos, pues, como subrayara Todorov en su breve pero incisivo ensayo sobre *Los abusos de la memoria*, siempre que se memorializa, que se restablece el pasado, «la pregunta debe ser: ¿para qué puede servir, y con qué fin?» (Todorov, *op.cit.*: 56).

En una época, como la actual, caracterizada por el énfasis memorialista, son muchos más los temas y retos abiertos a la investigación geográfica, como, por ejemplo, los procesos de patrimonialización de ciertos paisajes por intereses mercantiles y comerciales; la construcción de lugares de memoria transfronterizos e incluso transnacionales; o las dificultades para ajustar la noción de lugar propia de la geografía humanística (esto es, como centro estable y profundo de experiencia y memoria) a los paisajes y espacios de la postmodernidad, marcados por la movilidad y la creciente importancia de los llamados, a mi juicio de modo inadecuado, «no lugares» (García Álvarez, en prensa, *c*).

Para la historia de la geografía y del pensamiento geográfico, considerar la memoria de la disciplina y de sus practicantes también puede ser provechoso. Puede, por ejemplo, enseñarnos mucho acerca de cómo y por qué ciertas figuras o escuelas, incluso ciertas etapas,

17 Fuera del ámbito académico, resulta llamativo el proyecto de «Mapa de la Memoria» impulsado por el medio digital *Asturias Opinión* a través de Internet ([www.mapadelamemoria.com](http://www.mapadelamemoria.com)), que pretende formar un mapa, a escala estatal, de los lugares asociados a la memoria de la guerra y del franquismo en sus diversas facetas: desde los edificios históricos, la arquitectura militar o la simbología de signo franquista, hasta las fosas comunes y los centros de detención e internamiento, pasando por los principales frentes y escenarios bélicos.

ciertos grupos y ciertas áreas geográficas y culturales, han sido recordados y conmemorados, mientras que otros fueron olvidados o desaparecieron de las historias hegemónicas de la disciplina. Las aportaciones de las corrientes feministas y postcoloniales a la historiografía de la geografía, a partir de las reivindicaciones planteadas desde mediados del decenio pasado (Driver *et al.* 1995, Sidaway, 1997), han contribuido, por ejemplo, a rescatar algunos de esas historias y «tradiciones» olvidadas, del mismo modo que en los dos decenios anteriores comenzaron, al calor de las corrientes radicales o del renacer de los estudios regionales y de la geografía política, la recuperación de los dos grandes geógrafos anarquistas del XIX, así como la revisita y revaloración de algunos de los grandes clásicos de la geopolítica y de la geografía regional (García Álvarez, 2006: 35-39).

Pero posiblemente haya sido Charles Withers quien ha reflexionado con más detenimiento sobre el interés de las cuestiones de memoria para la historia del pensamiento geográfico, deteniéndose, especialmente, en el género de la biografía (Withers, 2004). Sirviéndose del concepto de «trayectoria conmemorativa», acuñado por historiador y sociólogo Jeffrey Olick, Withers ha examinado la diversidad de lecturas y representaciones de que ha sido objeto, dentro de la sociedad británica, el explorador escocés Mungo Park (célebre por sus expediciones al río Níger), desde el siglo XIX hasta el presente. Más allá del caso concreto estudiado, el análisis de la trayectoria conmemorativa de Park, jalonada por imágenes diversas y paradójicas en ciertos aspectos, ejemplifica bien, según Withers, el interés de considerar los modos en que los historiadores de la geografía han representado el pasado de la disciplina, así como los modos en que la propia geografía y los geógrafos han sido percibidos y recibidos (y en alguno casos conmemorados) desde fuera de la disciplina en cada momento, tanto en el plano académico como en el popular. Aproximarse a la historia de la geografía desde el prisma de la memoria, entendida como representación del pasado en función de los intereses del presente, puede ayudar, en fin, no sólo a comprender mejor los contextos sociales en que se elabora el conocimiento geográfico, sino también a plantearse su utilidad para responder a preguntas y desafíos actuales, o dicho en los términos de Todorov: a plantearnos en qué medida la historia de la geografía puede poner el recuerdo —o el olvido— del pasado al servicio del presente.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, P. (1996 a): *Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica*. Madrid, Instituto Universitario José Ortega y Gasset.
- AGUILAR, P. (1996 b): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza.
- ANDRÉS J. de (2004): «Las estatuas de Franco, la memoria del franquismo y la transición política española». *Historia y Política*, nº 12, 161-186.
- ANDRÉS, J. de (2008): «Nacionalismo español y lugares de memoria» en Taibo, C., dir.: *Nacionalismo español. Esencias, memorias e instituciones*. Madrid, Los libros de La Catarata, 291-306.
- AZARYAHU, M. (1996): «The power of commemorative street names». *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 14, 311-330.
- BASILIO, M. (2006): «Peregrinaje al Alcázar de Toledo: ritual, turismo y propaganda en la España de Franco», en McLaren, B. y Lasansky, M., eds: *Arquitectura y turismo*. Barcelona, Gustavo Gili, 115-130.

- BLAKELEY, G. (2008): «Politics as usual? The trials and tribulations of the Law of Historical Memory in Spain». *Entelequia*, nº 7, 315-330.
- BOYD, C. (2004): «Un lugar de memoria olvidado: el Panteón de Hombres Ilustres en Madrid». *Historia y Política*, nº 12, 14-40.
- BOYD, C. (2007): «Paisajes míticos y la construcción de las identidades regionales y nacionales: el caso del santuario de Covadonga», en Boyd, C., ed: *Religión y política en la España Contemporánea*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 271-294.
- CARDESÍN, J.M. (2006): «Os lugares da memoria da Guerra Civil na Galiza». *Grial*, nº. 170, 44-55.
- CUESTA, J. (1995): «De la memoria a la historia», en Alted, A., coord.: *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*. Madrid, UNED, 55-89.
- CUESTA, J. (1998): «Memoria e Historia. Un estado de la cuestión». *Ayer*, nº 32, 203-246.
- CUESTA, J. (2007): «Memorias persistentes en España», en Cuesta, J., dir.: *Memorias históricas de España (siglo XX)*. Madrid, Fundación Largo Caballero, 390-410.
- CUESTA, J. (2008): *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*. Madrid, Alianza.
- DANIELS, S. (1993): *Fields of vision: landscape imagery and national identity in England and the United States*. Princenton, Princenton University Press.
- DEBARBIEUX, P. (1995): «Le lieu, le territoire et trois figures de rhétoriques». *L'espace géographique*, nº. 2, 97-102.
- DRIVER, F. *et al.* (1995): «Geographical traditions: rethinking the history of geography». *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 20, 403-422.
- DUCH, M. (2004): «Toponimia franquista en democracia», en Forcadell, C. *et al.*, eds.: *Usos de la historia y políticas de la memoria*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 273-286.
- DWYER, O.; ALDERMAN, D. (2008): «Memorial landscapes: analytic questions and metaphors». *GeoJournal*, 73, 165-178.
- ERICE, F. (2008): Memoria histórica y deber de memoria: las dimensiones mundanas de un debate académico». *Entelequia*, nº 7, 77-96.
- FERNÁNDEZ, J. y PRADAS, R. (1996): *Los Parques Nacionales Españoles (Una aproximación histórica)*. Madrid, Organismo Autónomo de Parques Nacionales.
- FERNÁNDEZ DELGADO, J. *et al.* (1982) *La memoria impuesta. Estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid (1939-1980)*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- FERNÁNDEZ PÉREZ-SANJUÁN, C. (2003): *A construcción nacional no discurso literario de Ramón Otero Pedrayo*. Vigo, A Nosa Terra.
- FOOTE, K. y AZARYAHU, M. (2007): «Toward a geography of memory: geographical dimensions of public memory and commemoration». *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 35 (1), 125-144.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2003): *Territorio y nacionalismo. La construcción geográfica de la identidad gallega*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006): «Geografía regional», en Hiernaux, D. y Lindón, A., dirs.: *Tratado de Geografía Humana*. Barcelona, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana (México), 25-70.

- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2007): «Paisajes nacionales, turismo y políticas de memoria: Toledo (1900-1950)». *Ería*, nº. 73-74, 193-212.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (en prensa, a): «Nationalismes et patrimonialisation du paysage en Espagne: considérations théoriques et lignes de recherche récentes», en Degrémont, I., ed.: *Patrimonialisation des Pyrénées, entre pratiques professionnelles et pratiques scientifiques*.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (en prensa, b): «Los valores simbólicos del paisaje en la creación de los primeros espacios naturales protegidos en España. El caso del parque nacional de la Montaña de Covadonga». *Actas del XXI Congreso de la AGE*.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (en prensa, c): «Paisaje y sentido de lugar en el mundo contemporáneo», en López Silvestre, F., ed.: *Olladas críticas sobre a paisaxe*.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1985): *Castilla: entre la percepción del espacio y la tradición erudita*. Madrid, Espasa-Calpe.
- GÉAL, P. (2008): «Los lugares de memoria de la Guerra de la Independencia», en Miranda, F., coord.: *Congreso Internacional «Guerra, sociedad y política (1808-1814)»*. Pamplona, Gobierno de Navarra / UPNA, vol. 1, 305-324.
- GUIXÉ, J. (2008): «El Memorial Democrático y los lugares de la memoria: la recuperación del patrimonio memorial en Cataluña». *Entelequia*, nº 7, 217-228.
- HALBWACHS, M. (1997): *La mémoire collective [1950]*. Paris, Albin Michel.
- HARVEY, D. (1979): «Monument and myth». *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 69, 362-381.
- HOBBSBAWN, E. y RANGER, T. (eds.) (2002): *La invención de la tradición [1983]*. Barcelona, Crítica.
- HOELSCHER, S. y ALDERMAN, D. (2004): «Memory and place: geographies of a critical relationship». *Social and Cultural Geographies*, vol. 5 (3), 347-355.
- HUYSEN, A. (2003): *Present pasts: urban palimpsests and the politics of memory*. Stanford, Stanford University Press.
- JOHNSON, N. (2004): «Public memory», en Duncan, J. et al., eds.: *A companion to cultural geography*. London, Blackwell, 326-327.
- JOHNSTON, R.J. et al., eds. (2000): *The Dictionary of Human Geography, 4th Edition*. Oxford, Blackwell.
- JULIÁ, S. (2006): «Bajo el imperio de la memoria». *Revista de Occidente*, nº. 302-303, 7-19.
- LEGG, S. (2005): «Contested and surviving memory: space, nation and nostalgia in *Les Lieux de Memoire*». *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 23, 81-504.
- LEVY, J. y LUSSAULT, M., dirs. (2003): *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés*. Paris, Belin.
- LÓPEZ, M. (2008): *Paisaxe e nación*. Vigo, Galaxia.
- LÓPEZ, F. y LOIS, R. (2007): «From political construct to tourist souvenir: building the 'national' landscape through advertising in Galicia (Spain)». *Social Geography*, vol. 3, 237-272.
- LOWENTHAL, D. (1998): *El pasado es un país extraño [1985]*. Tres Cantos, Akal.
- MADALENA, J. et al. (1988): «Los lugares de memoria de la Guerra Civil en un centro de poder: Salamanca, 1936-39», en Arostegui, J., coord.: *Historia y memoria de la Guerra Civil*. Valladolid, Consejería de Cultura y Bienestar Social, vol. II, 487-512.

- MADALENA, J. Y GRUPO SALAMANCA (1995) «La memoria y el poder: los cambios en la denominación de las calles. Valladolid, Salamanca y León, 1936-1939», en Alted, A., coord.: *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*. Madrid, UNED, 143-163.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1998): *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*. Madrid, Caja Madrid.
- MATE, R. (2004): «Lugares de la memoria». *El País*, 12 de abril.
- MEINIG, D., ed. (1979): *The interpretation of ordinary landscapes: geographical essays*. New York, Oxford University Press.
- MICHONNEAU, S. (1999): «Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX». *Ayer*, nº. 35, 101-120.
- MICHONNEAU, S. (2001): *Barcelona: memoria e identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vich, Eumo Ed. [Existe edición francesa: *Barcelone: mémoire et identité, 1830-1930*. Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2007].
- MITCHELL, K. (2003): «Monuments, memorials and the politics of memory». *Urban Geography*, vol. 24 (5), 442-459.
- MOLINERO, C. et al., eds. (2003): *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*. Barcelona, Crítica.
- MORALES, A. y ESTEBAN, M., eds. (2005): *¿Alma de España?: Castilla en las interpretaciones del pasado español*. Madrid, Marcial Pons.
- MORENO, A. (2004): *Turismo y nación: la definición de la identidad nacional a través de los símbolos turísticos (España, 1908-1929)*. Tesis doctoral inédita defendida en la Universidad Complutense de Madrid.
- MORENO, E. et al. (2008): «Lugares de la memoria en Cuenca: los cambios en el callejero urbano (1939-1945)», en Alía, F. et al., coords.: *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha, 70 años después*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1303-1324.
- NOGUÉ, J. (2005): «Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña », en Ortega Cantero, N., ed.: *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Fundación Duques de Soria, 146-169.
- NOGUÉ, J. y VICENTE, J. (2001): *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona, Ariel.
- NORA, P., dir. (1997) : *Les lieux de mémoire* [1984-1992]. Paris, Gallimard, 3 vols.
- NORA, P. (1998) : « La aventura de *Les lieux de mémoire* ». *Ayer*, nº. 32, 17-38.
- NÚÑEZ, R. (2004): *Hollada piel de toro. Del sentimiento de la naturaleza a la construcción nacional del paisaje*. Madrid, Ministerio de Medio Ambiente.
- OLMEDA, F. (2009): *El Valle de los Caídos. Una memoria de España*. Barcelona, Península.
- OLWIG, K. (2002): *Landscape, nature and the body politic. From Britain's renaissance to America's new world*. Madison, University of Wisconsin,
- ORDIÈRES, I. (1995): *Historia de la restauración monumental en España (1835-1936)*. Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.
- ORTEGA CANTERO, N. (2000): «Las raíces culturales en la conservación de los paisajes», en Martínez de Pisón, E., dir.: *Estudios sobre el paisaje*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 237-257.

- ORTEGA CANTERO, N., ed (2005): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Fundación Duques de Soria.
- ORTEGA CANTERO, N. (2007): «La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)». *Ería*, nº. 73-74, 137-159.
- ORTEGA CANTERO, N. y GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006): «La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural». *Ería*, nº 69, 35-56
- ORTEGA CANTERO, N. y GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2009): «Paisaje y lugares de memoria: Covadonga y El Poular», en Martínez de Pisón, E. y Ortega Cantero, N., eds.: *Los valores del paisaje*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, 45-93.
- OSBORNE, B. (2001): «Landscapes, memory, monuments and commemoration: putting identity in its place». *Canadian Ethnic Studies Journal*, vol. XXXIII (3), 39-77.
- PENA, M.C. (1993): «La modernización del paisaje realista: Castilla como centro de la imagen de España», en *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918)*. Barcelona, Ministerio de Cultura - Ambit, 42-48.
- PIVETEAU J.-L. (1995): «Le territoire est-il un lieu de mémoire». *L'espace géographique*, nº 2, 113-123
- RESINA, J.R. y WINTER, U., eds. (2004): *Casa encantada. Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004)*. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- REYERO, C. (1999): *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*. Madrid, Cátedra.
- ROEDIGER, H. y WERTSCH, J. (2008): «Creating a new discipline of memory studies». *Memory Studies*, vol. 1 (1), 9-22.
- RODRIGO, J. (2005): *Cautivos: campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Barcelona, Crítica.
- ROGER, A. (2008): «Luoghi della memoria», en Donadieu, P., Küster, H. y Milani, R, eds.: *La cultura del paesaggio in Europa, tra storia, arte, natura. Manuale di teoria e pratica*. Firenze, Olschki.
- ROMA, F. (2004): *La muntanya a Catalunya: del paradís a la nació*. Valls, Cossetània.
- ROSE-REDWOOD, R. et al. (2008): «Collective memory and the politics of urban space: an introduction». *GeoJournal*, vol. 73, 161-164.
- SAID, E. (2000): «Invention, memory and place». *Critical Inquiry*, 26, 175-192.
- SÁNCHEZ-BIOSCA, V. (2000): «Imágenes, relatos y mitos de un lugar de memoria: El Alcázar de Toledo». *Archivos de la Filmoteca*, 35, 47-59.
- SERRANO, C. (1999): *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*. Madrid, Taurus.
- SIDAWAY, J. (1997): «The remaking of the western 'geographical tradition': some missing links». *Area*, vol. 29 (1), 72-80.
- STOREY, D. (2001): *Territory: the claiming of space*. Harlow, Pearson.
- TILL, K. (2003): «Places of memory», en Agnew, J. et al., eds.: *A companion to Political Geography*. London, Blackwell, 290-301.
- TODOROV, T. (2008): *Los abusos de la memoria* [1995]. Barcelona, Paidós.
- TORT, J. (1991): «Materials per a una interpretació geogràfica del poema 'Canigó', de Jacint Verdaguer». *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, vol. VI, nº 31, 153-171.

- TORT, J. (2003): «Los cambios de nombre de los municipios durante la revolución y la Guerra civil españolas (1936-1939)». *Scripta Nova*, vol. VII, nº 133.
- TORT, J. Y PAÜL, V. (2009): *L'Empordà de Josep Pla*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- TRANCHE, R. y SÁNCHEZ-BIOSCA, V. (2006): *NO-DO. El tiempo y la memoria*. 8ª ed. Madrid, Cátedra / Filmoteca Española.
- TULVING, E. (2007): «Are there 256 different kinds of memory?», en Narnie, J.S., ed.: *The foundations of remembering*. New York, Psychology Press, 39-52.
- VARELA, J. (1993): «La tradición y el paisaje: el Centro de Estudios Históricos», en García Delgado, J.L., ed.: *Los orígenes culturales de la II República*. Madrid, Siglo XXI, 237-273.
- VERDIER, N. (en prensa): «La memoria de los lugares», en Ortega Cantero, N. y García Álvarez, J., eds.: *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*.
- WALTER, F. (2004): *Les figures paysageres de la nation. Territoire et paysage en Europe (16<sup>e</sup>-20<sup>e</sup> siècle)*. Paris, Editions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.
- WINTER, U. (ed.) (2006): *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el franquismo. Representaciones literarias y visuales*. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- WITHERS, C. (2004): «Memory and the history of geographical knowledge: the commemoration of Mungo Park, African explorer». *Journal of Historical Geography*, vol. 30, 316-339.